

Nuestra herencia oriental: el viejo maestro Lao-Tzé

Lao-Tzé, el más grande de los filósofos pre-confucianos, fue más sabio que Teng Shih; supo la sabiduría del silencio y vivió, podemos estar seguros, hasta muy viejo, aunque no estemos del todo seguros de que haya vivido en realidad. El historiador chino Szuma Ch'ien nos cuenta cómo Lao-Tzé, asqueado de la pícara malicia de los políticos y cansado de su trabajo como curador de la Biblioteca Real de Chou, determinó dejar China y buscar algún lugar distante y retirado en el campo. «Al anclar la frontera el guardián Yin His le dijo: “Entonces, se retira. Le ruego escriba un libro para mí”. En seguida Lao-Tzé escribió un libro en dos partes, acerca de *Tao* y *Te*, con una extensión por encima de las cinco mil palabras. Después de esto se marchó sin que nadie sepa dónde murió¹. La tradición, que lo sabe todo, le acredita haber vivido 87 años. Todo lo que queda de él es su nombre y su libro, ninguno de los cuales pueden haberle pertenecido. Lao-Tzé es una descripción que significa «el viejo maestro»; su nombre verdadero, se nos ha dicho, fue *Li*, es decir, ciruela. El libro que le es atribuido es de tan dudosa autenticidad que los estudiosos riñen eruditamente acerca de su origen². Pero todos están de acuerdo en que *Tao-Te-Ching*—conocido también como *El libro*

del curso de acción y las virtudes— es el texto más importante de la filosofía taoísta, la cual, en opinión de los estudiosos chinos, existe desde mucho antes de Lao-Tzé, encontró muchos defensores de primera línea después de él, y se convirtió en la religión de una considerable minoría de chinos desde su tiempo hasta el nuestro. La autoría de *Tao-Te-Chin* es un asunto secundario, pero sus ideas están entre las más fascinantes en la historia del pensamiento.

Tao significa el curso de acción: algunas veces el curso de acción de la naturaleza, otras el curso de acción de vida sabia taoísta y, literalmente, un camino. Básicamente es un medio de pensamiento o de negarse a pensar, pues desde la óptica taoísta el pensamiento es un asunto superficial, bueno sólo para el argumento y más dañino que benéfico para la vida; el curso de acción se alcanza al rechazar el intelecto y todas sus mercancías, y al llevar una vida de retiro, rusticidad y tranquila contemplación de la naturaleza. El conocimiento no es una virtud, por el contrario, los pillos se han incrementado desde que se extendió la educación. El conocimiento no es la sabiduría, porque nada está tan lejano de un sabio como un “intelectual”. El peor gobierno imaginable estará compuesto por filósofos; ellos

arruinan cada proceso natural con la teoría; su habilidad para hacer discursos y multiplicar ideas es precisamente el signo de su incapacidad de acción.

«Aquellos que tienen habilidades no discuten, los que discuten no tienen habilidades [...] Cuando renunciamos a aprender, no tenemos problemas [...] El sabio mantiene constantemente al hombre sin conocimiento y sin deseo, y cuando hay aquellos que tienen conocimiento, no los deja presumir de actuar [...] Los antiguos que mostraron su habilidad en la práctica del tao hicieron todo lo posible para no poner al corriente al pueblo, mas sí mantenerlos simples e ignorantes [...] La dificultad al gobernar al pueblo se presenta cuando éste tiene demasiado conocimiento. Aquel que trate de gobernar un Estado por medio de su sabiduría es un azote para éste, en tanto que aquel que no lo hace es una bendición»³.

El hombre intelectual es un peligro para el Estado porque piensa en términos de regulación y leyes; desea construir una sociedad como geometría y no se da cuenta de que tal regulación destruye la libertad viva y el vigor de las partes. El hombre más simple, que conoce por su experiencia propia el placer y eficacia del trabajo concebido y llevado a cabo en libertad, representa un menor peligro cuando está en el poder, debido a que no es necesario decirle que una ley es algo peligroso que puede herir más de lo que puede ayudar. Tal gobernante regula a los hombres lo menos que sea posible; si guía a la nación, es lejos de todos los artificios y complejidades hacia una simplicidad normal y sin arte en la cual la vida seguirá la rutina sabia y sin pensamiento de la naturaleza y aun el escribir será puesto de lado como un instrumento innatural de confusión y maldad. Al no tener límites ni obstáculos por las regulaciones del Gobierno, los impulsos

económicos espontáneos del pueblo –su propia sed de pan y amor– moverán las ruedas de la vida en una vuelta simple y saludable. Habrá pocas invenciones, pero éstas sólo se agregarán a las riquezas de los pudientes y al poder de los fuertes; no habrá libros ni abogados ni industrias y sólo comercio aldeano.

«En el reino la multiplicación de las prohibiciones incrementa la pobreza del pueblo. Mientras el pueblo tenga más implementos para agregar a sus ganancias, mayor será el desorden en el Estado y el clan; cuanto más actos de oficiosa destreza posea el hombre, mayores estratagemas extrañas aparecerán; a mayor despliegue de legislación, más ladrones habrá. Por lo tanto un sabio ha dicho: “No haré nada, y el pueblo se transformará por sí mismo; estaré encariñado con mantener la quietud, y el pueblo por sí mismo será correcto. No me haré problemas acerca de eso, y el pueblo por sí mismo se convertirá en rico; no manifestaré ambición, y el pueblo por sí mismo alcanzará la primitiva simplicidad...”».

«En un país pequeño con poca población, ordenaré de tal modo ese pensamiento, que habrá individuos en el cual, aun con las habilidades de diez o cien hombres, no habrá empleo para ellos; haré que el pueblo, mientras mira a la muerte como algo que causa daños corporales, no se retire a otro lado (para evitarla). Aunque tengan botes y carruajes no deberán tener ocasión de montar en ellos; aunque tengan lustrosos abrigos y armas afiladas no deberán tener ocasión de ponérselos o usarlos. Haré que el pueblo regrese al uso de los cordeles anudados⁴. Deberán imaginar que su (burda) comida es dulce, sus (simples) vestiduras hermosas, sus (pobres) aldeas moradas de descanso y sus maneras comunes fuentes de goce. Deberá existir un Estado a la vista, y las voces de las aves de corral y de los

perros ser oídas en todo el camino entre él y nosotros; pero haré que el pueblo llegue a la vejez y, aun hasta la muerte, sin tener ninguna relación con dicho Estado⁵.

Pero, ¿cuál es esta naturaleza que Lao-Tzé desea aceptar como su guía? El “viejo maestro” marca una aguda distinción entre naturaleza y civilización, tal como Rousseau hizo en esa galería de ecos llamada “pensamiento moderno”. Naturaleza es actividad natural, el silencioso, flujo de eventos tradicionales, el orden majestuoso de las estaciones y el cielo, esto es el tao, o el curso de acción, ejemplificado y encarnado en cada arroyo, roca y estrella; es una ley de las cosas tan imparcial, impersonal y aun racional, que la ley de conducta debe conformarse tal como si el hombre deseara vivir en sabiduría y paz. Esta ley de las cosas es el *Tao* o curso de acción del universo, tal y como la ley de conducta es el tao o curso de acción de la vida; en verdad, piensa Lao-Tzé, ambos taos son uno y la vida humana en su ritmo esencial y saludable es parte del ritmo del mundo. En ese tao cósmico todas las leyes de la naturaleza están unidas y forman juntas la *sustancia* spinoziana de toda realidad; en ella todas las formas naturales y las variedades encuentran un lugar apropiado, y todas las diversidades aparentes se resuelven en una unidad hegeliana⁶.

En épocas remotas, decía Lao, la naturaleza hacía al hombre y a la vida simple y pacífica, y todo el mundo estaba feliz. Pero luego el hombre alcanzó “conocimiento”, complicó la vida con inventos, perdió toda inocencia mental y moral, se mudó de los campos a las ciudades y empezó a escribir libros; de ahí toda su miseria y las lágrimas de los filósofos. El hombre sabio rechaza esta complejidad urbana, este laberinto corruptor y enervante de ley y civilización, y se esconderá en el regazo de la naturaleza,

lejos de cualquier ciudad, o libros, u oficiales corruptos o reformistas vanos. El secreto de la sabiduría y de ese tranquilo contenido que es la única felicidad duradera que el hombre puede encontrar es la obediencia estoica a la naturaleza, un abandono de todo artificio e intelecto, una confiada aceptación de los imperativos de la naturaleza en instinto y sentimiento, una modesta imitación del silencioso curso de acción de la naturaleza. Tal vez no exista un pasaje más sabio en la literatura que éste:

«Todas las cosas en la naturaleza trabajan silenciosamente. Se convierten en ser y no poseen nada. Cumplen su función y no hacen reclamo. Todas las cosas parecidas hacen su trabajo, y luego las vemos descender. Cuando alcanzan su florecimiento cada una retorna a su origen. Retornar al origen significa descanso, realización del destino. Esta reversión es una ley eterna. Conocer esta ley es sabiduría»⁷.

Volverse tranquilo, una especie de inacción filosófica, negarse a interferir con el curso natural de las cosas es la marca del hombre sabio en todos los campos. Si el Estado está en desorden la acción adecuada a tomar es no reformarlo sino convertir la vida de cada uno en un cumplimiento ordenado del deber; si se topa con resistencia, el curso más sabio es no reñir, pelear o hacer la guerra, sino retirarse silenciosamente y ganar, si se puede, a través de ceder y ser paciente; la pasividad consigue victorias más seguidas que la acción. Aquí Lao-Tzé habla casi con el acento de Cristo:

«Si no riñes, nadie sobre la tierra podrá reñir contigo [...] Recompensa las heridas con amabilidad [...] Con aquellos que son buenos, soy bueno, y con aquellos que no son buenos también soy bueno; de esta manera [todos] llegan a ser buenos. Con aquellos que son sinceros, soy sincero, y con aquellos que no son sinceros también

soy sincero; de esta manera [todos] llegan a ser sinceros [...] La cosa más suave en el mundo gota a gota vence a la más dura [...] No hay nada en el mundo más suave o débil que el agua y sin embargo al atacar cosas que son firmes y fuertes no hay nada que pueda tomar precedencia de ella⁸.

Todas estas doctrinas culminan en la concepción del sabio de Lao-Tzé. Es característico del pensamiento chino que no se hable de santos sino de sabios, no tanto de bien como de sabiduría; para el chino el ideal no es el pío devoto sino la mente madura y tranquila, el hombre que, aunque preparado para ocupar un alto rango en el mundo, se retira a la simplicidad y el silencio. El silencio es el principio de la sabiduría. Aunque para el tao y la sabiduría el hombre sabio no habla, la sabiduría no puede ser transmitida por palabras, sólo a través del ejemplo y la experiencia. «Aquel que sabe [el curso de acción] no habla de esto, aquel que habla de esto no lo conoce. El [que lo conoce] mantendrá su boca cerrada y cerrará los portales de sus ventanas nasales»⁹. El hombre sabio es modesto, porque a los cincuenta¹⁰ uno debe descubrir la relatividad del conocimiento y la debilidad de la sabiduría; si el hombre sabio sabe más que otro hombre trata de ocultarlo; moderará su brillantez y se traerá a sí mismo en acuerdo con la oscuridad (de otros)¹¹; está de acuerdo con el simple en vez de con el instruido, y no sufre debido al instinto de contradicción del novato. No le da importancia a la riqueza o al poder pero reduce sus deseos a un mínimo casi budista:

«No tengo nada que yo valore; deseo que mi corazón sea completamente sumiso, vacío hasta la vacuidad [...] El estado de vacuidad deberá llevarse al grado supremo, y el de inmovilidad guardado con incansable vigor [...] Tal hombre no puede ser tratado con familiaridad o distanciamiento;

está más allá de todas las consideraciones de beneficio o daño, nobilidad o rudeza; es el hombre más noble bajo el cielo»¹².

Es innecesario señalar la correspondencia detallada de estas ideas con aquellas de Jean-Jacques Rousseau; ambos hombres fueron monedas de una misma moldura y cuño, mas diferentes en época. Esta es una filosofía que reaparece en forma periódica, ya que en cada generación muchos hombres se cansan de la lucha, crueldad, complejidad y velocidad de la vida de ciudad, y se escribe con más idealismo que conocimiento acerca del júbilo de la rutina rústica: uno debe tener un largo antecedente urbano para escribir poesía rural. “Naturaleza” es un término que puede prestarse a cualquier ética y a cualquier teología; se ajusta a la ciencia de Darwin y a la inmoralidad de Nietzsche de manera más cómoda que la dulce falta de razonabilidad de Lao-Tzé y de Cristo. Si alguien sigue a la naturaleza y actúa naturalmente será más propenso a matar y comerse a sus enemigos que a practicar la filosofía; sólo hay una pequeña probabilidad de ser humilde y menos aún de ser silencioso. Incluso el doloroso cultivo del suelo va en contra del grano de una especie que primordialmente no caza y mata; la agricultura es tan “innatural” como la industria. Y aun así hay algo medicinal en esta filosofía; sospechamos que nosotros, también, al empezar nuestro fuego a quemar bajo, deberíamos reconocer su sabiduría y deberíamos querer la paz curadora de montañas poco pobladas y campos espaciosos. La vida oscila entre Voltaire y Rousseau, Confucio y Lao-Tzé, Sócrates y Cristo. Después de que cada idea tiene su día entre nosotros y hemos peleado por ella sin sabiduría o demasiado bien, nosotros, a nuestro turno, deberíamos cansarnos de la batalla y pasar a los jóvenes nuestro enflaqueciente fascículo de ideales. De ahí, deberíamos

retirarnos a los bosques con Jacques, Jean-Jacques y Lao-Tzé; deberíamos volvernos amigos de los animales y discurrir más contentos que Machiavelo con mentes de simples campesinos; debemos dejar que el mundo se estofe en su propia maldad, y no profundizar más en su reforma. Tal vez debamos quemar cada libro, con excepción de uno y encontrar un sumario de sabiduría en el *Tao-Te-Ching*.

Podemos imaginar cuán irritante debió ser esta filosofía para Confucio quien, a la inmadura edad de treinta y cuatro años se dirigió a Lo-yang, capital de Chou, y buscó el consejo del viejo maestro en alguna minucia histórica¹³. Lao-Tzé, se nos cuenta, respondió con una ruda y enigmática brevedad:

«Aquellos sobre los cuales preguntas se han fundido con sus huesos en el polvo. Nada, con excepción de sus palabras, permanece. Cuando la hora del gran hombre golpea, éste se eleva al mando, pero antes de que su hora llegue, se le obstaculiza todo lo que intenta. He escuchado que el comerciante exitoso cuidadosamente oculta su riqueza y actúa como si no tuviera nada; que el gran hombre, aunque abundante en sus logros, es simple en sus modales y apariencia. Deshazte de tu orgullo y tus muchas ambiciones, tu falta de naturalidad y tus objetivos extravagantes. Tu carácter gana nada de todo esto. Este es el consejo que te doy»¹⁴.

El historiador chino relata que Confucio sintió de inmediato la sabiduría de estas palabras y no se ofendió por ellas; que, al contrario, dijo a sus pupilos a su regreso de ver al sabio moribundo: «Sé que los pájaros pueden volar, los peces nadar y los animales correr. Pero el corredor puede ser atrapado, el nadador pescado y el volador disparado con una flecha. Pero ahí está el

dragón: no puedo decir cómo monta en el viento a través de las nubes y se eleva en el cielo. Hoy he visto a Lao-Tzé y sólo lo puedo comparar con el dragón»¹⁵. Luego el nuevo maestro continuó con el cumplimiento de su propia misión, para convertirse en el filósofo más influyente de la historia.

WILL DURANT

Our Oriental Heritage. The Story of Civilization, I. Norwalk: The Easton Press, 1963, capítulo xxiii, § 6

Traducción

ANTONIO MILLA

Universidad Externado de Colombia

1. GILES. *History*, p. 57; LEDGE. *The Texts of Taoism*, I, pp. 4 y 5

2. El profesor Giles lo considera una falsificación compuesta después del 200 a. C. tomando libremente ideas de las obras del ensayista y crítico Han Fei; el Dr. Ledge sostiene que las referencias frecuentes a Lao (como "Lao Tan") en Chuang-tze y en Szuma Ch'ien autorizan la creencia continua en la autenticidad del *Tao-Te-Ching*.

3. II, LXXXI, 3; I, LXV, pp. 1 y 2.

4. Una forma de comunicación que precede a la escritura. La palabra *haré* es más no-laotziana.

5. II, LVII, pp. 2 y 3; LXXX. Los pasajes entre paréntesis, en esta y otras citas, son usualmente interpolaciones explicatorias casi siempre del traductor.

6. YANG CHU, pp. 16, 19; SCHNEIDER, II, p. 810; HU SHIH, p. 14; WILHELM. *Short History*, p. 247.

7. I, XVI, pp. 1 y 2.

8. El agrega, con temeraria galantería: "La hembra siempre vence al macho con su quietud".

9. II, LVI, pp. 1 y 2.

10. Los chinos piensan que el sabio alcanza la madurez de sus poderes cerca a la edad de cincuenta, y vive —a través de la quietud y la sabiduría— hasta un siglo.

11. II, LVI, p. 2.

12. I, XVI, p. 1; II, LVI, p. 3; PARMELEE, p. 43.

13. La historia es contada por el más grande de los historiadores chinos, Szuma Ch'ien, pero puede ser ficticia. Nos pasma encontrar a Lao-Tzé en la más activa ciudad de China a sus 87 años.

14. LEDGE. *Texts*, p. 34.

15. *Ibid.*

